



## **CARNAVALES EN AMERICA LATINA: EXPRESION DE LA CULTURA POPULAR**

**POR: EDGAR REY SINNING**

**Sociólogo, Magíster en Educación-Filosofía Latinoamericana  
y Estudiante de Maestría en Historia**

Los carnavales que se originaron en Europa, fueron el resultado de algunas fiestas paganas que se celebraban en muchos pueblos antiguos, donde se realizaban cultos con características similares a las encontradas más tarde en Grecia y Roma. De esas tierras llega a muchos puntos de la geografía europea, por lo que nos atrevemos a afirmar que era la fiesta más popular. Los juegos del carnaval italiano van a sumarse en diferentes grados a las celebraciones populares y a las costumbres de Inglaterra, Francia, España, Suiza, Alemania y Portugal, entre otros. Y como en Italia, son asimilados por los distintos sectores de la sociedad, desde el mendigo hasta el rey, pasando por los patricios y plebeyos. A España llegaron de la mano de la romanización, que comenzó desde el año 218 a. c., hasta el 409 d. c., periodo en el cual los españoles asimilaron algunas expresiones de la cultura romana (italiana), entre ellas la costumbre de celebrar las carnestolendas.

De la misma manera como se fue constituyendo en Europa el festejo carnavalero, podemos afirmar que se dio inicio a los carnavales en América, no sólo por las fiestas patrocinadas por los españoles o europeos en su conjunto, sino porque nuestros antepasados nativos -de sur a norte del continente, incluyendo las islas del Caribe- tenían sus propias festividades con un espacio y un tiempo definido por las comunidades mismas, según nos lo informa Pedro Simón.

Las fiestas encontradas por los conquistadores eran de dos tipos: uno, las fiestas que tienen una explicación, una razón de ser; algunas estaban regidas por las estaciones, otras por sucesos como la muerte, el nacimiento de una vida o por cualquier otro motivo, como celebrar la terminación de una casa, coronar un Rey, recoger la cosecha, probar un nuevo vino, evitar un desastre o la que tenían los nativos andinos, entre los meses de enero, febrero y parte de marzo al terminar la labranza. Y el otro, las de carácter religioso, como homenaje a sus dioses, que en muchos casos contenían ritos como las fiestas en honor a Maleiwa por los Wayúu (guajiros) o a Huitzilopochtli y Vitzilipuztli, Toxcoatel por los mexicanos, las del Yru en el Perú,



entre otros más, las cuales fueron degenerando y asimilando elementos religiosos foráneos

(aún en algunos casos persisten).

No podemos negar que el carnaval como tal, tiene su origen en Europa y así como hoy lo conocemos fue trasplantado a América, pero aquí va a tener nuevos aportes de los americanos. Por lo tanto, no puede considerarse como patrimonio europeo impuesto a los habitantes del Nuevo Continente, aunque aparezca como fiesta de “tabla”, al lado de la Semana de Pascua, la Natividad y otras impuestas por la Corona Española en el marco de los preceptos cristianos de guardar las fiestas durante las cuales no se debe trabajar.

Tampoco podemos desconocer que conserva algunas características comunes a los carnavales europeos en cuanto a las fechas de celebración, algo de la organización y una muy importante: el “Entierro del Carnaval”, en el caso colombiano con “Joselito Carnaval”. Pero en sus manifestaciones folclóricas se dejan ver rasgos puros de la cultura negra e indígena en minoría y, en especial, aspectos de la nueva configuración triétnica que con el correr de los años se han ido ajustando a los cambios y procesos de desarrollo económico y social de cada país, que no obedecen a otra cosa que al mismo proceso de desarrollo del capitalismo a nivel mundial. En todos los países encontramos danzas, comparsas y disfraces tradicionales que le son propios. Igual, es significativa la presencia de versos, en unas partes le llaman: Coplas (Ecuador) y en otras Letanías (Colombia), en ambos casos cumplen papeles similares, entre otros, denunciar, criticar, ridiculizar a las autoridades civiles o militares y hasta eclesiásticas. En este artículo sólo revisaremos el elemento central de todo Carnaval: El que manda, el que da órdenes y al final de su reinado la muerte. En cada región o nación una forma diferente, pero siempre simbolizando lo mismo: El Entierro del Carnaval.

El carnaval al llegar a América recibe una configuración diferente, determinada por la participación en él, de tres etnias; al interior de las festividades hay gran similitud entre las carnestolendas pero que debido a la situación geográfica, es decir, a la división territorial del continente americano se manifiestan diferentes expresiones folclóricas que están muy relacionadas con los procesos de desarrollo económico de cada país y por la presencia de elementos culturales dominantes de una etnia sobre las otras.

Existe una coincidencia entre los carnavales de los países latinoamericanos, que los celebran en cuanto a las fechas de realización: todos inician -recientemente- el sábado con gran desfile que invita a participar al vecindario y se extienden por cuatro días, dentro de los cuales hay derroche de disfraces, juegos, danzas y manifestaciones folclóricas. Como en las Grandes Dionisiacas, Saturnales y Bacanales no puede faltar el licor y aquellos elementos que permiten romper con la monotonía disciplinaria que rige durante el año a los países donde se manifiestan y que se originan en las situaciones de permanente crisis económica que viven nuestros pueblos tercermundistas.

En todos los países latinoamericanos y caribeños existe una forma de representar el “Mandamás” de la fiesta. En algunos es el Rey Momo que es quemado el martes de Carnaval, como es el caso de Aruba; en Caracas se escoge la reina del Imperio de la Risa. Pero existen pueblos latinoamericanos donde se asimila totalmente a la fiesta romana, es el caso que describe Augusto Raúl Cortazar en 1949 de un carnaval de aldea en el Valle de Calchaquí



(Argentina), carnaval denominado Antruido, donde el martes de Carnaval después de pasear un maniquí llamado “Pujllay” era “enterrado debajo de un árbol, fuera de la aldea”.

Por su parte en México, cabe destacarse los carnavales de Veracruz y Mérida. No podemos olvidar que en México existe una tradición festiva en los nativos. Además de la alegría desbordante se destaca la figura de “Joao Carnaval” un muñeco que después de un largo desfile es enterrado el miércoles de ceniza. Por el contrario en Mérida la efigie, “Juan Carnaval” se quema el mismo martes en la plaza principal.

En otros países latinoamericanos y del caribe la herencia del entierro del carnaval, es simbolizado el miércoles de ceniza, cuando se realiza el “Entierro de la Sardina”, que para los venezolanos simboliza que el carnaval feneció; en la ciudad de Ponce (Puerto Rico) se entierra igualmente “La Sardina”. En Cuba, antes de la Revolución –1959-, exceptuando a Santiago, el fin del carnaval se representaba con la muerte alegórica del carnaval el miércoles de ceniza. Se entierra “un muñeco de paja o cualquier otro género de fácil adquisición”.

En el Ecuador encontramos varias formas; en algunos lugares de la provincia del Chimborazo el carnaval finaliza el martes con el “Juego de los gallos” o con “El entierro del Carnaval”. En varias parroquias aledañas a Flores, el martes en la tarde es paseado el “Viejo Carnaval”, después de bailar, cantar y beber se retiran a sus casas a seguir entonando coplas carnavaleras. Algunas comunidades nativas como en Shobol, entierran al “Taita Carnaval”, al siguiente domingo después del carnaval. En Guaranda, el miércoles de ceniza el vecindario del barrio de Marcopamba, localizado al sur de la ciudad, en las riberas del río Llangama (o Guaranda) “es el encargado de Enterrar al Carnaval. Sus moradores salen cantando el lastimero estribillo de: ‘Adiós, adiós Carnaval’, entremezclado de coplas de sabor triste.

En Colombia el personaje carnavalero por excelencia es “Joselito Carnaval”, que aparece en aquellos pueblos y ciudades donde el festejo se realiza, en algunos casos personificado por individuos muy conocidos por su jocosidad. El objetivo es “enterrar el Carnaval”, no importa lo que se sepulte: animales, panes u otros alimentos, lo cierto es que se debe celebrar un acto de entierro de algo que simbolice el consumo de carnes y demás gustos mundanos puesto que se acerca la abstinencia de la Cuaresma.

En la ciudad de Barranquilla se escenifican los carnavales más importantes del país, fruto de las constantes migraciones hacia ella, de hombres con tradiciones carnavaleras de otras subregiones del Caribe colombiano y que a mediados del siglo XIX los introdujeron a esa ciudad. En ella el “Entierro del Carnaval” se muestra en los siguientes: el último día de carnestolendas, se organizan bandas de carnavaleros y uno de ellos asume el papel de “Joselito Carnaval”, es colocado en un cajón o simplemente en unas tablas y es paseado por la vecindad por un grupo de plañideras, que lloran consolando a una supuesta viuda de “Joselito”. Son muchos los “entierros” que se organizan, pero todos van acompañados de un grito:

“¡Ay! Jose,

te fuiste para siempre;

No te vayas Jose”.

Situación ésta que aprovechan los “dolientes” para invocar:

“Cuándo volverá a vení

Joselito Carnaval”.



De todas maneras no importa que nombre reciba en cada pueblo o ciudad, en Europa o en América, lo cierto es que estas festividades en honor al dios Baco o Dionisos, Saturno y que hoy se encarna en una reina, rey o príncipe, Juan Carnaval o Joselito Carnaval, de todas maneras es un personaje que llega alegre, triunfante y luego será “juzgado y muerto, befo y llorado, enterrado al fin”, pero al año siguiente resucita -como sucede en Chiriguaná (Colombia) en la danza “Los Negros y Santa y Sucia” que se escenifica durante las carnestolendas- significando con ello el eterno retorno propio de toda fiesta, indudablemente, y más en ésta, donde todos los hombres reeditamos la vida.